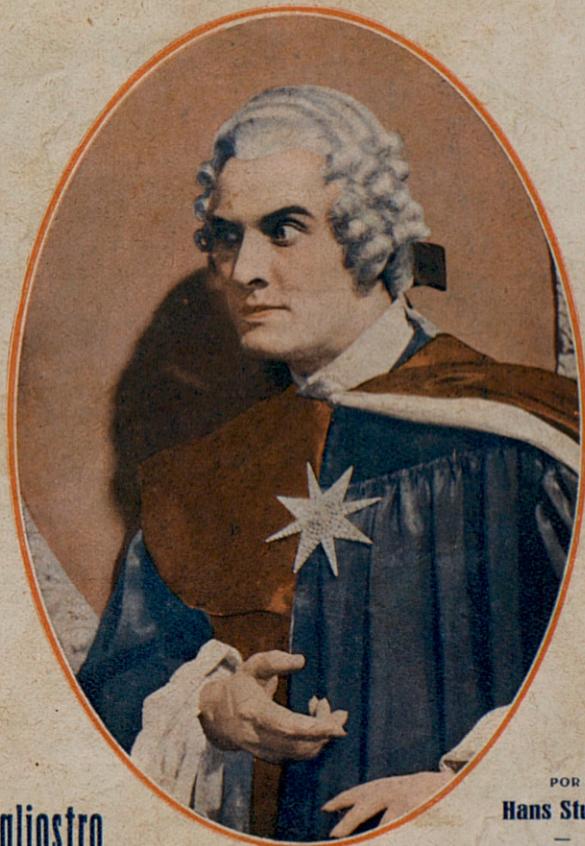


BIBLIOTECA

*Los Grandes Filos*

DB

La Novela Semanal Cinematográfica



Cagliostro

POR

Hans Stuwe

—  
50 cts.

Oswald, Richard

BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléf. 18551



**Cagliostro,  
el aventurero**

(1929)

Interesante asunto, interpretado por  
Hans Stuwe, Renée Heribet,  
Ilona Meery, Rina de Liguoro,  
Suzanne Bianchetti, etc.



EXCLUSIVA DE

**S. A. G. E.**

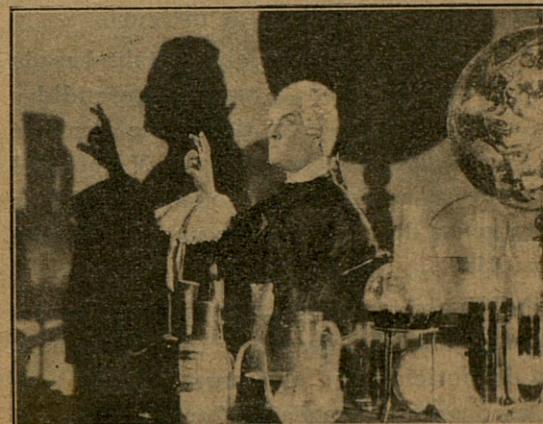
Selecciones JULIO-CÉSAR

Aragón, 316

BARCELONA

Triunfaba en Viena, ante el mundo elegante de la corte.

Pregonábase alquimista, poco menos que sobrenatural, y sus extraños experimentos



## Cagliostro, el aventurero

### *Argumento de la película*

Años posteriores del siglo XVIII.

Casacas bordadas, amplios mirifíaque; la pavana y el minué; en los labios pintados florecen los madrigales... Una nube tenue de frivolidad se tendía sobre Europa... Y al amparo de ella, los aventureros, ingeniosos y audaces, se introducían en los salones y conseguían escalar las esferas más altas.

Uno de los principales, era un italiano, José Balsamo, que se hacía llamar el Conde de Cagliostro. Era charlatán y embustero, intrigante y embaucador. Pero a pesar de ello, un hombre de talento y de corazón.

*...charlatán y embustero, intrigante y embaucador.*

le abrían de par en par las puertas de los palacios más ilustres.

Hombre joven, unía a la seducción de su trabajo la arrogancia de su persona. Sus ojos brillaban a veces siniestramente como

reflejos de un alma en eterna ebullición.

Se ponía ante una mesa llena de esferas, de aparatos distintos, y combinando ácidos, producía maravillosas transformaciones químicas, tales como la de convertir en oro el plomo y licor de mercurio.

Naturalmente que su labor estaba basada en la falsoedad y en la trampa, aprendidas de un alquimista de su tierra que al morir le confió sus valiosos secretos. Y ahora el aventurero se servía de aquellas brujerías para ganar dinero y crearse una formidable posición.

Adivinaba también el porvenir, según aseguraba, y muchas damas fueron a él en busca de noticias que aclarasen el espantoso interrogante del mañana. Complacía a casi todas y ellas pagaban su profecía con valiosas monedas de oro.

Un día desapareció de Viena, sintiendo la nostalgia de su patria. Pero ya de nuevo en Italia, tuvo que ir disfrazado de campesino, pues la justicia había puesto precio a su cabeza.

En otros años, Balsamo había cometido innumerables estafas y por ello ahora se

le perseguía, conocedora la policía de que había regresado a su país bajo el nombre de conde de Cagliostro.

Benito era el servidor y el confidente del supuesto conde. Pícaro redonado, alegre y decidor, para él la vida entera se condensaba en dos palabras: vino y mujeres.

Cierto día, Cagliostro y su criado entraron en una iglesia de pueblo, donde un fraile de robustas carnes predicaba la palabra evangélica.

El aventurero se fijó en una muchacha que oía devotamente la palabra de Dios.

Era Lorenza Feliciani, una hija de aquel pueblo humilde, crecida y educada en un ambiente de austeridad.

Cagliostro, al verla, sintió nacer la más hermosa pasión de su vida, y cuando, al acabar el sermón, ella pasó ante el joven, modesta y recogida, experimentó el aventurero un sentimiento de felicidad incomparable.

¡Criatura divina, de carita de virgen y ojos negros! Ella le sonrió dulcemente y el muchacho sintió que toda su ambición la concentraba en aquel instante en aquellos deliciosos ojos.

Cuando hubo desaparecido, dijo él a su criado Benito:

—Nos quedamos en este pueblo, Benito.



*...pasó ante el joven, modesta y recogida.*

—¿Aquí? ¡Pero eso es una locura, señor! ¿Olvidáis que peligra vuestra vida?

—¡No me importa nada! He visto pasar

a la primera mujer que ha logrado interesar me.

Y se fué a una posada vecina y esperó el instante propicio en que poder manifestar, de una manera clara, la pasión que le inspiraba la suave violeta campesina.

\* \* \*

Llegó el día de la fiesta mayor...

Entre el abigarramiento de los vestidos domingueros, ponían su gesto taciturno los bohemios y decían sus ingenuos diálogos los polichinelas.

Un bohemio danzaba con un oso, manso animal que había recorrido todos los caminos de la tierra.

El pueblo entero se había reunido en la plaza para divertirse con aquellas escenas de circo. Entre las muchachas estaba Lorenza, y no muy lejos de ella el conde de Cagliostro la devoraba con su mirada de hombre que siente amor.

De pronto las risas se trocaron en un gesto de espanto... El oso, aturdido acaso por el ensordecedor griterío, arrojóse sobre el domador, echándole en tierra y consiguiendo desprenderse de la cadena.

Al verse libre lanzó un salto en dirección a las muchachas... Iba a caer sobre Lorenza, que estaba en primer término, cuando Cagliostro, valiente y decidido, se arrojó sobre el animal, y cual nuevo Ursus de la leyenda luchó con él hasta conseguir derribarle en tierra.

Acudieron varios artistas, volviendo a encadenar al oso, mientras el pueblo rodeaba y aclamaba al salvador de la doncella montañesa.

Lorenza había reconocido en aquel muchacho al mismo que la mirara en la iglesia.

Un inmenso sentimiento de gratitud invadió su corazón... y sus manos acariciaron las del que creía simple campesino, diciéndole con verdadera ternura:

—¡Gracias... muchas gracias, amigo!...

—Me llamo José Balsamo.

—¿Sois de por aquí?

—De Sicilia, Vine de paso, pero... me habéis cautivado el corazón—agregó con voz tenue.

Los jóvenes emparejaron, separándose del resto de la muchedumbre y fueron a

pasear por los campos encendidos de la primavera naciente.

Durante el camino, él le contó caprichosas historias, asegurando que su vida era sencilla como la de un labrador...

Su palabra persuasiva, de hombre que tiene el arte de convencer, pronto llenó de manera poderosa el alma tierna de aquella mujercita.

Ella le creyó. En días sucesivos continuó el idilio con la consiguiente desesperación del criado Benito, que se daba cuenta de que su amo corría allí peligro de que le amarrasen los hombres de la justicia.

¿Qué le importaba el peligro a Cagliostro? En el pueblo estaba lo más hermoso y atractivo que tenía para él la vida; estaba el amor de una mujer que ignoraba su perversa historia, que le creía puro y bueno con la sencillez patriarcal de las gentes campesinas.

Ella correspondió a su amor, con el beneplácito general de su familia y de todos los vecinos del pueblo, que creían a Balsamo realmente el labriego acomodado de Sicilia.

Y como nadie podía sospechar que el os-

curo José Balsamo fuera el brillante conde de Cagliostro, la boda no tardó en celebrarse.



*...el banquete en la posada...*

Alegría, campanas al vuelo, la iglesia convertida en un jardín... Después el banquete en la posada, los brindis entusiastas y bondadosos:

—¡Por la felicidad de los novios... por el amor!...

Luego la despedida de las gentes, y los

11

novios que se dirigen a ocupar en la posada el cuarto nupcial.

Su dulce noche de bodas debía verse, sin embargo, interrumpida de modo poco grato.



*Su dulce noche de bodas...*

Acababa de llegar al pueblo el comisario Chevreau, un fino sabueso de la policía italiana.

Se había enterado por determinadas con-

fidencias de que Cagliostro se ocultaba en aquel pueblo.

Indagando, estrechando a las gentes a preguntas logró enterarse de la presencia del aldeano de Sicilia, y no le cupo la menor duda de que bajo su rústica ingenuidad se ocultaba el terrible y buscado aventurero.

Y al frente de sus hombres, y después de prometer a los que le ayudasen a encontrarle una buena recompensa, el comisario se dirigió a la posada donde los novios se disponían a saborear la noche alegra de su amor.

El criado Benito llamó apresuradamente a la cámara nupcial, advirtiendo a su amo del peligro.

—¡Huid, señor, huid! ¡Un comisario viene a prenderos con la ayuda de todo el pueblo!

Cagliostro se estremeció y miró a su mujercita, que se había estrechado contra él y le decía temblando:

—¿Por qué quieren prenderte?

—No me pregantes, calla... Hemos de huir...

—¿Huir? ¿Es que la justicia tiene algo que ver contigo?—indagó, sorprendida.

El la miró con piedad, se acusó por un instante de haber engañado a su mujer, y le dijo:

—No hubiera querido confesártelo nunca, pero no hay otro remedio. Soy Cagliostro, ese hombre a quien se persigue como a un criminal.

La pobrecita muchacha, tímida como una gacela, se echó a llorar... Recordaba haber oído hablar de aquel Cagliostro como de un hombre temible al que era un deber encarcelar.

—No... no puedo creerlo—exclamó—. Dime que no es cierto... que no eres ese hombre.

—¡Cagliostro soy yo!... ¡Debo huir!... ¡Ven conmigo!

—¡No... no!

—Si no me sigues, me entregaré a los que vienen a prenderme.

—¡Dios mío! ¿Por qué me has engañado así?

—¡Por favor, Lorenza, no perdamos ahora tiempo!... ¡Salgamos!... ¡Piensa que Ca-

gliostro te quiere con la misma intensidad que José Balsamo!

Le dió un beso y Lorenza murmuró, enjugándose las lágrimas:

—Bien. Iré contigo... He jurado esta mañana que te seguiría siempre y a todas partes.

Saltaron por una ventana a la parte posterior de la taberna. Allí les esperaban dos caballos que Benito había conseguido... Y la pareja de novios emprendió rápida huída, protegida por las sombras de la noche.

Mientras tanto, el comisario y los aldeanos entraban en la cámara nupcial, encontrándola vacía.

—¡Cagliostro huye por la calle del Mercado! —dijo una voz—. ¡Yo lo he visto!

Marcharon todos a la dirección señalada, sin que pudieran darles alcance.

Estaban ya lejos, a salvo de aquellas gentes que querían apresar al hombre que les había embaucado.

Horas después, la pareja de novios llegaba a otro pueblo, y entraba en una sordida posada que en la inclemente noche no podía ser más acogedora.

Tomaron una cena frugal para reparar

las fuerzas perdidas y entraron en una modesta habitación, de aspecto triste y miserable.

Afuera llovía terriblemente. El agua azotaba los vidrios de la mal cerrada ventana.

El joven pretendió acariciar a Lorenza, pero ésta, tristemente, le rechazó.

—Te he seguido porque estamos unidos ante Dios. Pero es a José Balsamo a quien he amado... y jamás perteneceré a Cagliostro.

—No quiero que hables así... Te adoro... ¡Eres mi mujer!

Pero Lorenza, que no se resignaba al engaño de que había sido víctima y que la había convertido en la esposa de un aventurero temible, insistió en su protesta.

—Déjame, te lo ruego!... Quiero dormir... olvidar.

El criado Benito había seguido a caballo a los dos novios... En aquel instante llamó violentamente a la puerta de la alcoba y comenzó a gritar:

—¡Están sobre nuestra pista, señor! Si nos apresuramos, dentro de cinco minutos habremos pasado la frontera.

—Aguárdate abajo...—le respondió, nerviosamente.

Y dirigiéndose a su esposa, que estaba con el rostro cubierto por las manos, la acarició y le dijo:

—¡Es preciso huir otra vez, Lorenza! No me dejarán ser Balsamo, aunque quisiera... Tendré que ser siempre Cagliostro, el estafador, el aventurero...

Aun intentó protestar, pero un ardiente beso de su marido hizo desfallecer su rebeldía.

Balsamo o Cagliostro, aquel hombre era su esposo... Y electrizada por la intensa y dominadora luz de sus ojos, le siguió, dispuesta a ir con él aunque fuese a los linderos del mundo... Le amaba y esta era la única verdad que vivía en su corazón.

\* \* \*

Atrás quedó Italia, la patria hostil, y Cagliostro, nuevamente en tren de gran señor, se acercaba a París, donde el descontento general era fuente de esperanzas para los aventureros.

A la entrada de la ciudad, un agitador

encendía los entusiasmos de la plebe con un discurso de enérgicos apóstrofes.

—Ciudadanos: los impuestos nos agobian... el pueblo tiene hambre. Y el rey, entretanto, dilapida enormes fortunas en honor de María Antonieta, esa austriaca que nos odia...

El coche que conducía a Cagliostro y a su mujer tuvo que detenerse para no atropellar a los agitadores, que en gran número invadían el camino.

Dióse cuenta Cagliostro de la agitación contra los reyes y sonrió levemente, pensando que milagroso sería si no sacaba él cosas provechosas de aquel río revuelto.

Era necesario triunfar allí como lo había hecho en otras partes. Lo que le convenía era alcanzar dinero, de lo que su bolsa comenzaba a estar escuálida.

De pronto, una mujer, una hermosa rubia que vestía un traje andrajoso, se postró junto a la ventanilla del carroaje, en ocasión en que Cagliostro iba asomado a ella.

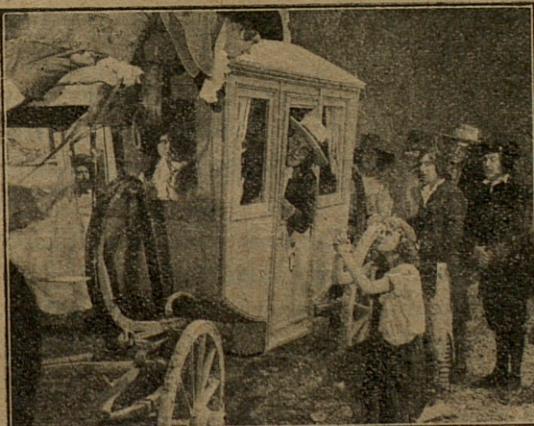
—¡Apiadaos de una huérfana, señores, descendiente de los Valois!—suplicó.

—¿Valois, dices? ¿La ilustre dinastía de

los reyes que gobernaron a Francia?—preguntó el conde.

—Sí, señor.

Era aquella muchacha Juana de la Motte,



—Apiadaos de una huérfana, señores...

última rama de una familia real, pobre muchacha que en su lucha con la miseria había olvidado las virtudes de su raza para saturarse de la malicia y del desenfado del arroyo.

Un golpe de vista había bastado a Ca-

gliostro para comprender el gran partido que podía obtener de aquella mendiga por cuyas venas corría sangre real.

Ella le serviría de anzuelo para los grandes proyectos que abrigaba.

—¡Sube!—le dijo.

Y con la muda protesta de Lorenza, que hubiera deseado que su esposo no se metiera en más peligrosas aventuras, Juana de la Motte abrió la portezuela y besando commovida la mano de su inesperado protector, se sentó a su lado y fué contándole su historia.

Las turbas les dejaron el paso franco, commovidas por aquel acto de caridad... ¡Si todas las gentes fueran como aquel gran señor, el mundo no andaría tan mal!

Al llegar a París, Cagliostro, poniendo en juego su ingenio, se instaló con el boato que exigían su título y sus planes.

Su esposa no dejaba de protestar contra aquella vida de lujo que nunca había soñado. Se sentía forastera dentro del gran palacio, frío y sin alma, de París... ¡Cuánto mejor hubiera deseado la casita campestre de las ardientes tierras de Sicilia!

El, sonriente, con el cinismo del hombre

que no repara en medios para mantener un rumbo poderoso, le decía:

—Vamos a ser muy felices, querida... Verás de lo que soy capaz para que todo el mundo me rinda pleitesía.

—¡Déjame, apártate de mí! ¡Cagliostro no tiene ningún derecho a mi amor! Yo era la mujer de un campesino—protestaba.

—Yo soy Lorenza Balsamo.

—¡Tonta! ¡Cuando veas de qué amigos te rodea el gran Cagliostro, no preferirás al misero Balsamo!

Y con sus besos y con la devoción de su amor, hizo acallar una vez más el alma disgustada de la dulce campesina.

\* \* \*

El nombre de Cagliostro era en Europa acicate de la curiosidad; y así a su primera fiesta, acudió la sociedad más brillante de París.

Cagliostro hacía los honores. Su esposa se había negado a asistir a la recepción.

Figuraban entre los invitados los marqueses de Argandi... Era el marqués una primera figura en los salones, hombre ya viejo, pero galante y exquisito... Ella, la mar-

quesa Laura de Argandi, era mucho más joven que su marido, y sus devaneos en el terreno del amor eran uno de los temas de conversación en el gran mundo.

Otro de los invitados era el príncipe de Rohan, emparentado con el rey, tan blasornado como pobre, quien ayudando los afares de Cagliostro para introducirse en la nobleza, buscaba alivio a su exhausta bolsa.

Cagliostro hizo ante los invitados numerosos experimentos y milagrosas transformaciones, adivinando luego el porvenir a muchas damas.

Durante un interregno de la fiesta, el príncipe de Rohan se acercó a Cagliostro y le dijo:

—Vos que fabricáis el oro, querido conde, ¿no podríais prestarme una cantidad... alrededor de cincuenta mil libras?

—Con mucho gusto, príncipe... Contad conmigo para esa bagatela—contestó, sonriente y con la firmísima seguridad de poder proporcionárselo en breve.

Le convenía estar bien con el príncipe de Rohan.

Cagliostro carecía, sin embargo, de dinero, y buena prueba de ello eran las pro-

testas que en los departamentos de la cocina hacía la servidumbre pidiendo ser pagada inmediatamente.

—Un poco de paciencia, amigos—les decía el pícaro criado Benito—. Mi amo os pagará en cuanto pueda... tal vez mañana... Ahora es imposible.

Dispuesto a ganar cuanto dinero fuese necesario, el conde de Cagliostro, en medio del salón, exclamaba en voz alta y dirigiéndose a todos sus invitados:

—Señores, os reservaba una sorpresa... ¡Voy a tener el honor de presentaros a la descendiente de una familia que durante mucho tiempo reinó en Francia!

Y pocos instantes después aparecía en el salón la bella Juana de la Motte, vistiendo aún el mismo traje de mendiga con que el conde la vió a la entrada de París.

—He aquí el estado en que encontré a la heredera de trece reyes, a una descendiente de los Valois.

Aquellas palabras produjeron enorme sensación, y el aspecto tímido y bondadoso de la doncella prendió en todas las almas una gran simpatía.

Cagliostro, contento de la primera impresión, prosiguió hablando:

—¿No es un deber para nosotros, los aristócratas, el asegurar dignamente la existencia de esta niña de sangre real?... Yo reclamo el honor de encabezar la suscripción que abro a este objeto con un donativo de cinco mil libras.

Escribió su nombre en un papel y no tardaron en imitarle todos sus invitados suscribiéndose por diversas e importantes cantidades a la lista abierta para aliviar la situación y asegurar el porvenir de aquella descendiente de reyes.

Y fué de esta manera cómo el conde de Cagliostro se vió dueño de una importante cantidad que por el momento satisfacía sus necesidades con larguezza y le permitía seguir sosteniendo el boato de su esplendoroso vivir.

El aventurero dió una parte de aquel dinero a Juana para que se instalase en un pisito coquetón. Era preciso que no estuviera muy lejos de allí, pues seguramente Cagliostro la emplearía para nuevas y sa- brosas empresas.

El dinero tan ingeniosamente recogido,

permitió a Cagliostro prestar al príncipe las cincuenta mil libras ofrecidas.

Quiso el augusto señor hacerle recibo de aquella cantidad, pero Cagliostro le contestó:

—Del príncipe de Rohan no necesito recibo.

Agradecido por aquella extraordinaria prueba de confianza, Rohan le demostró una profunda amistad, que Cagliostro aceptó como futura prenda de grandes beneficios.

Y, entretanto, Lorenza seguía aconsejando a su marido abandonarse aquella vida de aventuras, erizada de peligros y siempre con el temor de que la farsa se descubriera.

Pero él se negaba, asegurando que su temperamento necesitaba aquella emocionante existencia, y que, además, avezado al lujo y a los placeres, no podía vivir sin dinero.

\* \* \*

Ante el príncipe de Rohan se abrían todas las puertas, y merced a su amistad, Cagliostro pudo pisar los suelos encerados del Palacio Real.

Los soberanos de Francia, el rey

Luis XVI y la reina María Antonieta, acogieron a Cagliostro, cuya fama de adivinador y mago había llegado hasta ellos, con gran curiosidad.

Lo más selecto de la corte se había reunido en los salones deslumbrantes de los soberanos de Francia.

Cagliostro, sonriente y feliz, se disponía a efectuar sus mágicas combinaciones de convertir en oro el plomo.

La marquesa de Argandi se había enamorado del conde con la facilidad de su temperamento casquivano.

Estuvo largo rato con él, hablándole amorosamente, hasta que el conde, cansado de aquella compañía, se despidió de ella de una manera brusca.

—En vuestra mansión, conde, erais más amable... y más galante—dijo ella, despechada.

—Me debo a todo el mundo, señora, no a una sola mujer...

Y se marchó, mientras la marquesa se mordía los labios con ira.

El príncipe de Rohan, cerca de la reina, la contemplaba con verdadera devoción. En

su vida había un secreto: su amor callado, sin esperanzas, por María Antonieta.

La reina se dió cuenta de que su primo la estaba mirando y volvióle despectivamente la cabeza para indicarle que le era completamente indiferente.

El marqués de Argandi, tanto por envidia como por celos de la simpatía que su esposa demostraba a Cagliostro, odiaba a éste, y era en la corte su peor enemigo.

Mientras Cagliostro hacía sus preparativos, el marqués, acercándose a Luis XVI, le dijo con una sonrisita burlona:

—Esperemos, señor, que ese charlatán nos revelará el secreto de sus trucos.

El rey sonrió a su vez y esperó las transformaciones milagrosas de la alquimia.

Pero Cagliostro, dándose cuenta de la hostilidad de que le hacía objeto el marqués de Argandi, estaba nervioso, excitado y no acertaba a dar con la combinación de sus éxitos.

Hallábase la corte perpleja en espera de sus experimentos, y al ver que éstos se retrasaban, el escepticismo hizo sonreír a los más impacientes.

—No es tampoco muy hábil—dijo el rey

al oído del marqués de Argandi—. Me parece que yo lo haría mejor.

—De seguro... Ese hombre no es más que un embaucador.

Cagliostro oyó aquellas frases, y gritó con toda la indignación de su alma:

—¡Los espíritus a quienes invoco no responderán porque se encuentran aquí personas que les son hostiles!

Ante aquellas palabras de protesta, el rey se levantó y mirando al aventurero le respondió desdefiosamente:

—¡Los espíritus no responden, porque el encargado de invocarlos es un mal histrión incapaz de divertirnos!

—Señor!

De no haber sido el rey, le habría castigado por su audacia. Pero se contuvo, comprendiendo lo falso de su situación.

Sin darle tiempo a que Cagliostro volviera a intentar sus labores de alquimia, el soberano se dispuso a abandonar el salón. Pero en aquel instante la reina María Antonieta volvióse rápidamente, y tocada por repentina inspiración, exclamó:

—¡Que el conde me adivine el porvenir!

¡Confíemos que en ese juego será más hábil!

Luis XVI sonrió y accedió al deseo de su esposa. Y de nuevo la corte volvió a sentir el incentivo de la curiosidad.

Cagliostro, serenamente, avanzó hacia la reina y dijo, mirándola con ojos de profeta:

—¿Vuestra Majestad desea de veras saber... lo que le espera?

—Sí!

—Entonces, ármese de valor Vuestra Majestad!

Y con misteriosa videncia, reconcentrando en aquel instante toda su atención, como si realmente fuese un iluminado, Cagliostro dijo en voz baja a la reina la trágica suerte que le esperaba... Veía como fin de una vida gloriosa, una guillotina.

La reina creyó ver ya realmente ante sus ojos la trágica escena de aquella profecía, y lanzando un grito cayó desvanecida en un sillón.

Audieron varias damas de honor a auxiliarla, mientras Luis XVI lamentaba haber tolerado que el conde le adivinase el porvenir.

Atemorizado, Cagliostro quiso huir, pero una doble fila de soldados le impidió el paso.



...cayó desvanecida en un sillón.

—¿Qué hay que hacer con ese hombre, señor? —preguntó un general.

—¡Dejadle marchar! —dijo el soberano—. Pero que no vuelva a Palacio nunca más.

Cagliostro, disgustado, abandonó el alcázar, donde tan alegramente había entrado y del que salía en ridículo.

Por primera vez en su vida le había fallado la serenidad, y un extraño nerviosismo le impidió dar cima con lucidez a sus creaciones de alquimia.

Y volvió a su hogar, malhumorado, comprendiendo que acababa de perder una partida que tal vez fuera irreparable.

\* \* \*

Fué rápida la caída. La sociedad parisense le volvió la espalda, después de la lamentable aventura del Palacio Real.

Y abandonado de sus amigos, perdido su crédito, Cagliostro hubo de resignarse a vivir en un molino abandonado situado en las afueras de París.

A veces protestaba contra su situación y le decía a Lorenza con un afán de culpar a alguien de su derrota:

—¡Todas estas miserias a ti te las debo! ¡Tú me has hecho perder la confianza en mí mismo!

—Yo hubiera querido que perdiesses también tu afán por las aventuras... ¡Pero veo que eso es imposible!

—¡Tú lo has dicho! Mientras mi vida aliente, será de aventuras, de empresas ex-

traordinarias. No lo dudes, aunque todos os opongáis a mis designios.

Y era inútil que ella le hiciese ver las ventajas de una existencia olvidada y tranquila; podía más el otro afán de luchar y de correr peligro, que ya constituía en el joven una segunda naturaleza.

Un día Cagliostro recibió una elegante carta de mujer.

*¿No saldríais de vuestra madriguera en honor de una amiga que no os ha olvidado? Os esperaré esta noche en mi jardín.*

*Laura de Argandi.*"

—Ya ves, todavía soy algo. Una dama de la aristocracia me invita a ir a verla—dijo burlonamente, mostrando la carta a su mujer.

—No vayas... ¿O es que ya no me quieres?

—Sí, te he querido... pero como no me ayudas, como procuras que me hunda cada vez más en la pobreza y en la vida monótona, he de buscar otros horizontes. ¡Adiós, adiós!

Y dejando a la pobre mujer, celosa y triste, entró en su cuarto, se vistió la casaca de sus mejores días de gala y salió del molino.

Y por la noche entró furtivamente en el jardín de la marquesa de Argandi.

Ella le esperaba ya, sonriente, caprichosa... El la besó suavemente la mano.

¿Quién sabe si esa mujer que al parecer se había enamorado de él le protegería para encumbrarle de nuevo a las cimas de la fama?

Pero apenas había comenzado a hablar con la marquesa, se escuchó detrás de ellos una voz fría y varonil.

Se volvieron, sorprendidos, y vieron al marqués de Argandi que decía con una sonrisa burlona:

—Querido conde, ¿me permitiréis haceros los honores de la casa?

Tuvo que disimular Cagliostro su contrariedad y disfrazó el verdadero objeto de su visita, asegurando que había ido allí con ánimo de renovar antiguas amistades.

Pero la excusa era tan burda que se caía de su propio peso, y Cagliostro comprendió que la cosa iba a acabar mal, pues el marido no se dejaba atropellar impunemente.

Laura guardaba silencio, observando con inquietud a los dos hombres. Ni siquiera

se había atrevido a formular la menor aclaración.

Argandi, con una sonrisa terrible, invitó a Cagliostro a pasar al comedor, y el joven, junto a la marquesa, tuvo que seguirle.

El palacio del marqués de Argandi no era desde luego una morada cordial; sus paredes tenían algo de repelente... quizás la frialdad, la tristeza de una cárcel... Esta fué la impresión que le causó a Cagliostro cuando entró en el amplio y caprichosamente decorado comedor.

A una orden del marqués, entraron unos criados con unas copas y unas botellas de vino...

Argandi llenó las copas, de espaldas a la marquesa y a Cagliostro, y luego, sinies-tramente, las ofreció a su mujer y a Ca-gliostro.

Temblaron los dos jóvenes, sospechando que el celoso marido hubiese podido echar alguna substancia venenosa, pero como el marqués de Argandi se disponía a beber alegramente el contenido de su copa, Ca-gliostro, por no venderse, tuvo que hacer lo mismo y saborear lentamente el dorado zumo.

Y aun tuvo valor para brindar con una arrogancia de poeta:

—¡Por el amor!

La marquesa bebió unos sorbos y quedó observando a su marido, quien seguía sonriendo de manera artera.

—¡Por el amor!—volvió a repetir Cagliostro, apurando tranquilamente los últimos dedos de su copa.

Entonces el marqués se levantó, y lanzando una brutal carcajada, dijo:

—¡Es vuestro último brindis, conde!

¡Vuestro vino estaba envenenado!

—¡Miserable! ¿Qué habéis hecho?

Se arrojó sobre él con un ansia de amordazar, de matar al hombre que le estaba dando la muerte.

La marquesa dió un grito de horror y creyó experimentar ya las angustias del envenenamiento.

El señor de Argandi, viéndose en peligro de perecer, murmuró con voz sorda y terrible:

—¡No! ¡Perdonad... perdonad!... ¡He querido solamente asustarlos!... ¡No había veneno!... ¡Yo soy incapaz de matar a nadie!

—¡Miserable!

El conde lo echó bruscamente sobre un sillón y quedó meditando unos instantes.

Aquel hombre decía verdad. El vino no estaba envenenado, puesto que él, Cagliostro, se encontraba perfectamente bien... Sin embargo, era preciso escarmentar al mari-  
do celoso.

Llenó una copita de vino, echó en ella unas gotas de una botellita que se guardó en el bolsillo, y la acercó al marqués.

—¡Esto sí que está envenenado... y vais a beberlo!

—¡No! ¡Por piedad!

Quieras que no, le obligó a tragar el vino.

El marqués, loco de espanto, comenzó a gemir, a retorcerse por el suelo, dando ayes espantosos.

Contento de se venganza, Cagliostro se dispuso a marchar, pero la marquesa avanzó hacia él y le dijo apenada:

—¡Habéis matado a mi marido!

—¡Un poco de agua azucarada no mata a nadie!

—Entonces...

—Una mentira... una farsa como la suya... Pero, ven conmigo, mujer...

Y rodeándola por el talle, salió de palacio, mientras el pobre marqués de Argandi, aprensivo, y creyéndose realmente envenenado, seguía lanzando lastimeros quejidos.

\* \* \*

Cagliostro, vencedor casi siempre, frascaba en cambio ante su esposa. Por eso ahora quería emplear una nueva táctica: la de la humillación.

Y en compañía de la marquesa de Argandi, fué al molino, y dijo a Lorenza:

—Desde ahora la marquesa estará conmigo, ¿te enteras?

Lloró la pobre mujer ante aquella infamia, y se retiró a un rincón, creyendo perdido el amor de su esposo.

La marquesa miraba caprichosamente a su rival y se creía ya vencedora en aquella lid de amor.

Pero Cagliostro se conmovió al ver las lágrimas de su mujer. Y dándose cuenta de que había realizado una mala acción al llevar allí a la marquesa, se dispuso a enmendar su yerro.

Salió del molino diciendo que volvería dentro de poco rato. Llamó a su criado Be-

nito, que venía conservando a pesar de sus reveses de fortuna, y le dijo:

—Llévate a la marquesa a la iglesia cercana... dile que yo iré allí. Cuando se canse de esperar, se marchará.

Benito cumplió su encargo y la marquesa, creyendo en sus palabras, se dirigió al cercano templo.

Horas después, Cagliostro volvió al molino, encontrando a Lorenza llorosa y apenada y dispuesta a marchar a su pueblo si era cierta la pérdida definitiva de su amor.

Pero la besó dulcemente y le pidió perdón.

—Es a ti a quien quiero, vida mía... Aquella mujer no me importa nada y fué una estupidez mía el traerla aquí... Me había propuesto humillarte, pero luego me arrepentí... ¿No me perdonarás nunca, Lorenza?

¿Cómo no iba a perdonar si amor es perdón y ella le amaba con todas las fuerzas de su alma?

Y volvieron a ser felices, y ella le dijo:

—¡Esa vida tan pobre que ahora llevamos tiene que acabar! La esposa de Cagliostro no puede vivir más tiempo en esta cueva.

—Teniéndote a mi lado, nada pido.

—¡Déjame a mí! ¡He de buscar una morada digna de mi mujer!

La marquesa, cansada de esperar en la iglesia, volvió al molino, y al encontrar besándose a Cagliostro y a su mujer, les llenó de insultos y partió indignada, maldiciendo a los hombres y prometiendo que jamás volvería a hacer caso de ninguno... ni de su marido.

Y Cagliostro, riendo por el desenlace de aquella aventura, esperó junto a su mujer la llegada del nuevo día, para seguir trazando las nuevas rutas del futuro.

\* \* \*

Mientras tanto, la reina, interesada por la historia y la situación de Juana de la Motte, había hecho de ella una de sus damas de honor.

Una mañana, los joyeros Bohmer y Basange, proveedores de Su Majestad, mostraron a María Antonieta una preciosa colección de joyas.

La reina, que se hallaba rodeada de sus damas, entre ellas Juana de la Motte, preguntó:

—¿Cuál es el precio de este collar?

Y señaló uno magnífico de brillantes.

—Un millón...—dijo Bohmer.

—Un millón y seiscientas mil libras—completó Basange, inclinándose de modo ceremonioso.

—Demasiado caro para una reina—contestó con dignidad María Antonieta.

Y despidió a los dos joyeros, que lamentaron el plan de economías en que se situaba Su Majestad.

Juana de la Motte fué a enterar a su amigo y protector el conde de Cagliostro del asunto del collar... El aventurero sonrió muy complacido.

Proyectaba Cagliostro matar dos pájaros de un tiro: obtener una vivienda confortable y vengarse de las afrentas que había recibido en Palacio. Y para ello le parecía de perlas la colaboración y la complicidad de Juana de la Motte.

Días después, Juana le mostró un dibujo, diciendo:

—Es el dibujo del collar que la reina quería comprarse... aquel que le ofrecieron y que ella rechazó por caro.

Sonrió Cagliostro viendo ya muy cercana su venganza.

—Si me ayudas en cuanto yo te diga, te daré mucho dinero y yo habré conseguido manchar el honor de la reina.

—Estoy a sus órdenes.

Cagliostro se dispuso a comenzar su plan de batalla.

El príncipe de Rohan, cuyo amor por la reina ponía una vendas sobre sus ojos, iba a ser, sin sospecharlo, el instrumento de los proyectos de Cagliostro.

El aventurero había adivinado en sus conversaciones con el príncipe que éste amaba a la reina, y seguro ya de poseer aquel importante secreto, un día fué a visitarle.

Para acabar de confirmar sus sospechas, vió un precioso retrato de María Antonieta colgado en el testero.

Miró fijamente el retrato y dijo luego estrechando la mano del príncipe:

—No sé si Dios o el diablo me han dado la facultad de leer en los pensamientos, príncipe... pero os diré un secreto... ¡Vos estáis enamorado de la reina!

Al principio quiso negarlo, pero seducido por la confianza que le inspiraba Cagliostro, le respondió:

—Es verdad... pero la reina me aborrece.

—No lo creáis... Yo he leído también en el pensamiento de María Antonieta y sé que os ama.

—¿No os engañáis? ¿Es posible?—exclamó conturbado, no queriendo creer en tan inesperada felicidad.

—Sí, os ama, estoy seguro... Y precisamente en estos instantes ella desea algo que sólo puede pedir a una persona de toda su confianza... Y hoy o mañana os escribirá sobre el particular.

Y abandonó el despacho del príncipe, dejando a éste sumido en la dulce intranquilidad de todas aquellas noticias.

—De veras te amaba? ¿Qué querría pedirle? ¡Oh, con alma y vida estaba dispuesto a servir a la que era la luz de sus ojos!

Cagliostro volvió a su casa, pensando que iba a quedarse aquel preciado collar que valía una fortuna. Eso le proporcionaría medios para vivir impunemente y de una manera espléndida.

Encontró su casa vacía. Inquieto, comenzó a buscar y halló un papel sobre una mesa con estas líneas:

*Si mi esposa os gusta, la vuestra me pa-*

rece muy aceptable. No tratéis de buscarla; está segura en mi casa. ¡Es mi venganza!

Enfurecido, corrió hacia el palacio del marqués de Argandi, y tras larga lucha con éste, consiguió libertar a Lorenza de los brazos de aquel hombre de vengadores instantáneos.

Y regresó a su hogar, dispuesto a no volver a tener complacencias o debilidades con mujeres, pues ello ponía en peligro la seguridad material y moral de su Lorenza.

\* \* \*

A la mañana siguiente, Cagliostro tuvo una larga entrevista con Juana de la Motte, indicándole lo que debía hacer.

La muchacha realizó durante largo rato ejercicios de escritura hasta imitar a la perfección la letra y la firma de Su Majestad la reina.

Y aquella tarde Cagliostro, en compañía de la bella Juana, se dirigió al despacho del príncipe de Rohan.

Juana puso en manos del príncipe una supuesta carta de María Antonieta, que decía así:

*Amigo mío:*

*Deseo adquirir un collar de brillantes, pagando plazos trimestrales de 50.000 libras, arreglo que los joyeros aceptarán. Os ruego vayáis a verles y se lo propóngais en mi nombre.*

*Esta noche llevadme el collar al parque de Versalles, donde yo estaré, y mi dama de honor, la condesa de la Motte, os dará por anticipado las gracias por esta prueba de confianza.*

*María Antonieta.*

Conmovido, el príncipe de Rohan accedió a ser el intermediario de aquella compra, y así se lo manifestó a Juana, quien con frases ya aprendidas se lo agradeció en nombre de la reina.

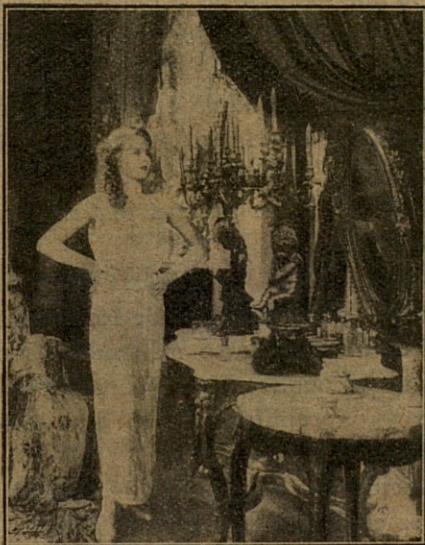
—Decid a Su Majestad que esta noche a las diez en punto estaré en el parque—dijo Rohan.

—Así lo haré... Y repito las gracias en su augusto nombre—dijo Juana.

Abandonaron la casa del príncipe, dejándole en los halagadores ensueños y promesas que significaba aquella prueba de confianza.

Y aquella noche la bella Juana de la Mot-

te cambió su traje de corte por el de cam-  
pesina, que era el vestido que llevaba Ma-



*Y aquella noche, la bella Juana...*

ría Antonieta en el retrato que tenía el príncipe de Rohan.

—Al pobre Rohan le emocionará mu-  
cho que la “reina” haya elegido este ves-

tido para la entrevista—dijo el conde de Cagliostro.

—No lo dudo.

—Es hora ya. ¡En marcha “majestad”!...  
¡Vuestro galán os espera! Y no perdáis  
ahora el collar.

Y la dama de honor, que llevaba el ro-  
stro cubierto con un fino velo que disimulaba  
sus facciones, se encaminó al jardín de la  
residencia real.

El príncipe de Rohan, de conformidad  
con la carta de María Antonieta, había ido  
a ver a los joyeros, quienes, ante la propo-  
sición de Su Majestad de pagar a plazos  
el collar, no tuvieron inconveniente alguno  
en depositarlo en manos de Rohan para que  
éste lo hiciera llegar a su vez a la reina de  
Francia.

Y Rohan, con aquel maravilloso tesoro  
encerrado en estuche de terciopelo, se di-  
rigió a los jardines del Trianon, donde vió  
llegar, emocionada, vestida con el mismo  
traje del cuadro, a la que creía la reina.

Cayó de hinojos ante ella, entregándole  
el collar, que la dama estrechó codiciosamente  
contra su pecho, dando luego a be-

sar la mano en señal de gratitud al caballero enamorado.

—¡Señora!

—¡Gracias... gracias!—murmuró con suave y casi imperceptible voz.

Y recomendándole silencio, desapareció por las umbrías alamedas del jardín, mientras el príncipe de Rohan volvía alegremente a su casa, diciéndose que aquella confianza que le había dado la reina significaba realmente que le amaba.

Cierto que él no pagaba el collar, pero la reina le había elegido para intervenir en aquel asunto de la compra, pues al parecer quería evitar que el rey se enterase del verdadero precio.

¡María Antonieta confiaba, pues, en él! Y esto y las palabras del conde de Cagliostro, que le había asegurado que la reina le amaba, producían en el ánimo del príncipe de Rohan un renacer de alegre y maravillosa juventud.

\* \* \*

Algunos días después, en una imprenta clandestina, el conde de Cagliostro, que conservaba en su poder el collar que le había dado Juana de la Motte y que estaba

dispuesto a venderlo fragmentariamente—había usado ya de uno de sus brillantes para adquirir dinero a fin de trasladarse con Lorenza a una elegante casa—leía una proclama que decía:

*Pueblo de París:*

*Mientras a ti te falta el pan, la reina se compra un collar de un millón seiscientas mil libras. Está preparado para responder al llamamiento de Cagliostro, quien descende de las doradas esferas para ponerse al lado de los oprimidos.*

Los partidarios de Cagliostro celebraron la publicación de aquellas hojas sediciosas que iban a revolucionar el país.

—Dentro de tres días Juana de la Motte habrá pasado la frontera—explicó el conde —y nadie creerá a la reina cuando niegue haber comprado el collar... Y dentro de ocho días, el rey habrá sido destronado y nosotros seremos los dueños de la situación.

—Lo más probable, señor, es que dentro de quince días estemos todos ahorcados—dijo temblando Benito.

—No te preocupes. Sólo se muere una vez.

Pero Benito se encontraba muy a gusto en esa vida donde había compensaciones tan agradables como las jarras de vino y el amor de alegres mozas.

Fué a ver a Lorenza y le comunicó sus temores:

—Nuestras cabezas están en peligro, señora... ¡Habrá que encontrar el medio de salvarlas!

—Pero, ¿por qué? ¿Qué ha hecho mi marido? Explicad... Tengo el alma en un hilo.

Y el criado contó a su señora el asunto del collar y la revolución que preparaban Cagliostro y los descontentos.

—Lo más prudente sería que vos se lo revelaseis todo a la reina y le pidieseis clemencia...—aconsejó Benito.

—Acaso tengáis razón...

Y Lorenza, sin meditar bien el paso que daba, corrió a contar a la reina todo lo que sabía, entregándole al propio tiempo una de las proclamas sediciosas.

Pensaba, en su rústica ingenuidad de lugareña, que la reina habría de perdonar al conde, y aun de esta manera evitaba a éste el peligro de verle envuelto en una conspiración.

La reina se estremeció al leer aquella proclama y la noticia de la compra de aquel collar de que ella no tenía noticia.

—Cagliostro quiere, por lo visto, que su profecía se realice—exclamó.

Y fué a mostrar aquel documento y a explicar lo ocurrido a Luis XVI.

—¡Ese miserable ha pretendido manchar el honor de la reina de Francia!—dijo llorando.

Conocedores de todos los hilos del asunto, fué llamado a la cámara regia el príncipe de Rohan, a quien la reina le dijo duramente:

—¡Príncipe de Rohan, en vez de besar en el jardín la mano de una reina, besasteis la de una aventurera!

—Pero, ¿no erais vos, señora?

—No era yo... sino mi dama Juana de la Motte.

El príncipe miraba horrorizado a la reina, dándose cuenta del inmenso engaño de que había sido víctima.

Luis XVI, algo apartado de allí, miraba severamente a su primo, mientras la pobre Lorenza, que de modo tan inocente había

delatado la farsa, aguardaba las órdenes reales.

El rey, paseando inquieto, dijo:

—Conviene ante todo evitar el escándalo... Creo que lo más sensato sería desterrar al culpable, a ese maldito Cagliostro.

—¡Piedad, señor! ¡Gracia para mi esposo! —rogó Lorenza, postrándose a los pies del rey.

Pero el rey la rechazó, yendo al encuentro de María Antonieta, quien le dijo:

—Mi honor está en entredicho, señor... No es silencio lo que quiero... es justicia. Yo no he adquirido ese collar.

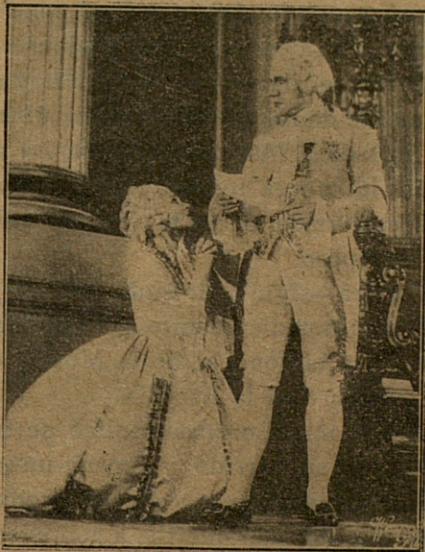
Explicó el príncipe de Rohan toda la mentira de que había sido objeto, y en aquel instante entraron en el gran salón los dos joyeros que habían resultado timados en la combinación.

Uno de ellos, avanzando hacia Su Majestad, dijo:

—Con el mayor respeto me atrevo a preguntar a Vuestra Majestad: ¿y el millón seiscientas mil libras, nos serán pagadas?

—Retiraos —dijo el rey fríamente—. Vosotros no tenéis la culpa de lo ocurrido. Se os abonará el collar.

Los comerciantes marcharon doblándose en cortesanas reverencias. A ellos lo que les interesaba era no perder el negocio.



—¡Piedad, señor!

Luis XVI, una vez hubieron desaparecido los joyeros, miró severamente a Rohan y le dijo:

—En este asunto, primo, no te has portado como un gentilhombre.

—Señor, yo creía...

—¡Basta! ¡Date preso!

Llamó a un oficial y le ordenó condujera arrestado a su domicilio al príncipe.

Este entregó la espada al militar y salió dignamente dando al marchar una última y triste mirada a María Antonieta. La reina volvióle la cabeza indicándole que no debía esperar nada de la mujer que sólo se debía al esposo.

—Y ahora—siguió diciendo el rey—, que se detenga inmediatamente al conde de Cagliostro y a la condesa de la Motte, y que se les encierre en la Bastilla.

Aun la pobre Lorenza suplicó de nuevo piedad por su marido y sintió un dolor profundo al ver que era ella la inconsciente culpable del mal que iba a sobrevenir al hombre que amaba.

La retuvieron durante varias horas en Palacio, hasta que se hubiese llevado a cabo la detención de aquellos dos complicados en el feo delito.

Las tropas detuvieron a Cagliostro cuando éste iba a salir de su casa, y a Juana de

la Motte cuando la muchacha entraba en el palacio real sin sospechar que todo estaba descubierto. Y el collar fué recuperado.

Fueron encerrados en la negra prisión de París, sin que Cagliostro pudiera sospechar nunca que era su esposa la que inconscientemente le había vendido.

Lorenza fué libertada al fin, pero conminada a abandonar el suelo de Francia en plazo bien perentorio.

\* \* \*

Hasta en los tribunales era impopular María Antonieta, y no obtuvo ni con mucho el fallo que ella esperaba... Y sobre el asunto del collar flotó en el alma del pueblo la duda de si realmente la reina lo había adquirido.

Unicamente Juana fué condenada. Rohan fué desterrado a sus dominios, y Cagliostro, más hábil que todos, consiguió la absolución.

Libre ya, corrió a su hogar, donde creía encontrar a su mujer, de la que no había tenido la menor noticia.

Ignoraba que fuese Lorenza la autora de la denuncia contra él, una denuncia que la

dictó, sin embargo, la buena voluntad y el anhelo de paz.

Lorenza no estaba en casa, y el conde no halló más que esta carta, que le explicó el enigma de su silencio:

*Querido esposo:*

*Abandonada, arrojada de Francia, vuelvo a casa de mis padres. Allí es donde te espero...*

*Lorenza.*

Y Cagliostro, que durante el tiempo que permaneció en prisión meditó acerca de las ventajas de la vida quieta y dulce de los que no practican el mal, emprendió el viaje de retorno a su patria.

Entretanto, y bajo el cielo añil de Italia, Benito, el antiguo criado de Cagliostro, libre de riendas, saboreaba su concepto de la vida: vino y mujeres.

Se hallaba en el mismo pueblo donde habitaba Lorenza aguardando la hora de la vuelta de su amado.

Cierto día, mientras se hallaba en la taberna, Benito habló con el comisario de policía Chevreau, que realizaba una ronda por las cercanías.

—¿Tú aquí, pillastre? —le dijo el comi-

sario. — ¡Qué agradable sorpresa! —Ven a beber conmigo!

Y le hizo beber diferentes copas y pronto el criado perdió el dominio de su cabeza.

—¡Revélame el escondite de tu amo! —le propuso el policía.

—No, no puedo.

—Todo esto es tuyo si lo dices.

Y derramó sobre la mesa numerosas moneditas de oro que excitaron la codicia de Benito.

Aun vaciló, pues era grande el amor que sentía por su antiguo amo y no quería traicionarle, pero el tintineo de aquellas monedas venció su primer temor.

—¿Para qué necesitáis que os lo diga? Puesto que su esposa está en el pueblo, es aquí donde él vendrá.

—¡Magnífico! —Gracias, muchacho!

Y partió el comisario para tomar sus medidas a fin de que esta vez no escapara el audaz aventurero, y Benito bebió nuevas copas de vino para aturdirse y olvidar la traición.

Y horas después, el conde de Cagliostro llegaba a la taberna, encontrando a Benito,

su antiguo criado, que se estremeció al verle.

—¡Ah, bergante! —le dijo, zarandeándole con rudeza—. ¿Por qué tiemblas? Entonces fuiste tú quien me traicionaste en París, ¿verdad?... ¿quien diste conocimiento de mis planes de conspiración?...

—¡No... no he sido yo! Pero... conozco a la persona que lo hizo... está en el pueblo.

—¡Hazla venir! ¡Que el traidor esté a media noche detrás de la iglesia! ¡Y desgraciado de ti si espero en vano!

Tenía deseos de vengarse, y a pesar de la impaciencia para ir a abrazar a su esposa, no quiso llegar a su encuentro antes de haber castigado al que tenía la culpa de todo: el misterioso delator.

Y esperó, nerviosamente, la hora de media noche.

Y a las doce, cuando todo era silencio en el pueblo, el conde de Cagliostro se hallaba en la plaza de la iglesia.

Apareció de pronto ante él el criado Benito, acompañado de un embozado.

—¡Este es! —dijo Benito.

Y temblando de miedo se retiró a un rincón.

Cagliostro desnudó su acero y gritó:  
—¡Defiéndete, miserable!... ¡La muerte será el precio de tu traición!

El embozado apartó su capa y dejó ver sus facciones de mujer.

Era Lorenza, a quien el criado había hecho ir a la plaza, donde tendría "una sorpresa".

—José... José.. yo te traicioné... pero fué para salvar tu vida... En París peligraba tu existencia... Te hubieran matado si llegas a sublevarte... ¡No dudes de mí! ¡Te quiero!

Como por milagro, sintió Cagliostro algo muy grato en el fondo de su corazón. Dióse cuenta de la honradez que había medido las acciones de Lorenza y le dijo dulcemente:

—No... tú no eres traidora, Lorenza mía. Mira... te juro que voy a dejar para siempre esta mala vida que nos martiriza a los dos. Vámonos de aquí, de Europa. En América no seré más que José Balsamo, un hombre que quiere trabajar y ser feliz.

—Marchemos... bien mío.

Pero ¡cuán lejana estaba la libertad!... En aquel instante viéreronse rodeados de policías que al mando del comisario Chevreau les instaban a que se entregasen.

El primer impulso del joven fué luchar, combatir contra ellos, pero su mujer le aconsejó prudentemente:



—¡Vámonos de aquí, de Europa!

—Es inútil la resistencia, José; más vale entregarse.

Y comprendiendo la razón de aquellos

consejos, el conde Cagliostro se entregó.

Sentía de veras la pérdida de la libertad, ahora que su alma se sentía libertada para siempre de todo deseo de mal.

Benito, al ver preso a su amo, sintió el horror de su delación, y empuñando una espada, lanzóse contra los policías, dispuesto a salvar a Cagliostro.

Su esfuerzo fué inútil... Los guardias le rechazaron a bayonetazos y le dieron terrible muerte allí mismo.

Horrorizados ante el fin de su servidor, Cagliostro y su esposa marcharon en fila hacia la prisión.

Y allá en la plaza quedó el cadáver del criado, que dando su vida había reivindicado su conducta.

\* \* \*

En aquella época la justicia era implacable... Y Cagliostro, acusado de varios delitos de estafa, fué condenado a muerte, lo mismo que su mujer, a la que se consideraba su cómplice.

La desesperación de Cagliostro cuando supo la terrible sentencia que tendría lugar

al amanecer, fué espantosa. Protestó, gritó, pero todo inútil.

—¡Llamad a los jueces! —decía—. ¡Que vengan aquí! ¡Quiero gritarles que yo soy el único culpable... que mi esposa es inocente!...

Nadie le hizo caso, y se paseaba agitado por la terrible mazmorra de donde sólo saldría para morir.

Cuando comunicaron a la pobre Lorenza su terrible fin, ella murmuró serenamente:

—Quisiera pasar al lado de mi esposo la última noche de mi vida.

Accedieron a su deseo, y Cagliostro pudo tener el supremo consuelo de los brazos anhelantes de su mujer.

—¡No desesperes, José!... ¡No nos ejecutarán! —dijo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó, esperanzado.

—El comandante me ha prometido que en el último momento él nos facilitará la evasión. Parece ser que tienes amigos poderosos.

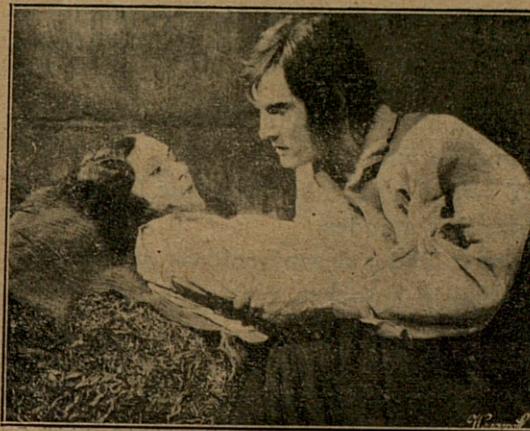
—¡Oh, que sea como dices! ¡Así no seré responsable de tu muerte!

Y al amanecer, un piquete de tropas vino

a buscarles para ir al lugar de la ejecución.

Con el alma plena de esperanza, Cagliostro y su esposa subieron al cadalso.

Y en el instante en que la mujer iba a



*—¡No desesperes, José! ¡No nos ejecutarán!*

ser ejecutada, Cagliostro dió un salto, y cogiendo una espada que había en el suelo, dió con ella muerte a uno de los verdugos.

Hirió a otro, y cogiendo en brazos a Lorenza se abrió camino, luchando con incomparable valor.

Se produjo un gran tumulto, pero como Cagliostro tenía muchos amigos y éstos habían comprado al comandante de la prisión, los dos jóvenes pudieron escapar sin demasiados contratiempos.

Media hora después el comandante reunió a todas las tropas en el patio de la prisión y les dijo:

—¡No busquéis más! Ellos mismos se han hecho justicia.

Y señaló a unos hombres que llevaban en andas dos ataúdes.

Los soldados desaparecieron, y el comandante dijo entonces a otro de los complicados:

—Encárgate de que sean enterrados los ataúdes vacíos. Cuando la superchería sea descubierta, ya estaremos nosotros lejos de aquí.

Y así se hizo, y nadie puso en duda que Cagliostro y su mujer estaban bien muertos.

Una hora después, convenientemente disfrazados, los libertados pasaban por un cercado donde un hombre estaba cubriendo una sepultura.

—¿Sabes a quién he enterrado aquí?—

le dijo.— Pues a ese pícaro de Cagliostro y a su mujer.

Ellos sonrieron e hicieron un gesto de indiferencia.

—¿No sabes quiénes eran?

—No.

—¿Quién eres tú, entonces, que tan atrasado vives?

—Un simple caminante, José Balsamo.

Y siguió su camino, acariciando a su esposa, con una felicidad de dos novios para quienes el pasado no existió.

\* \* \*

Y fueron a América y allá emprendieron el camino del trabajo, que es el de la verdadera redención.

F I N

Ha sido revisado por la censura

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

Ediciones Especiales de  
**La Novela Semanal Cinematográfica**

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

**La senda del 98**

**Espejismos**

**Evangelina**

**Orquídeas salvajes**

**El caballero**

**Egoísmo**

**La máscara del diablo**

**El pan nuestro de cada día**

Acaba de aparecer:

**Vieja hidalguía**

por Antonio Moreno, Mary Duncan  
y Warner Baxter

En preparación:

**Posesión**

por Francesca Bertini

**¡SIEMPRE LO MEJOR!**

Precio: 1 peseta

E. B.